GRACIELA MONTES

MÁS CHIQUITO QUE UNA ARVEJA, MÁS GRANDE QUE UNA BALLENA

ILUSTRADO POR MARCELO ELIZALDE





ALFAGUARA

LA AUTORA

Graciela Montes nació el 18 de marzo de 1947 en Buenos Aires, Argentina. Se crió en Florida, un barrio del Gran Buenos Aires, y muchos de sus relatos transcurren allí.

Es profesora en Letras y traductora. En 1980 obtuvo el Premio Lazarillo (Accésit). Fue nominada por la Argentina al Premio Hans Christian Andersen en 1996, 1998 y 2000. En 2005 recibió, junto a Ema Wolf, el Premio Alfaguara por *El turno del escriba* y en 2018 obtuvo el Premio Iberoamericano SM de literatura Infantil y Juvenil.

Publicó *Uña de dragón* (*una historia que son dos*), *Tengo un monstruo en el bolsillo*, *La guerra de los panes*, *Betina*, *la máquina del tiempo*, *Amadeo y otra gente extraordinaria* y la serie Federico, entre otros títulos.

EL ILUSTRADOR

Marcelo Elizalde ilustra libros desde hace muchísimos años y ha hecho tantos que hace rato que perdió la cuenta. Trabajó para las más grandes editoriales de la Argentina, colaboró para revistas como Billiken y diarios como La Nación, e hizo de todo en lo que tiene que ver con ilustración para chicos. Realizó trabajos para España, Estados Unidos, Inglaterra y Corea, entre otros países. Actualmente se encuentra escribiendo un libro sobre ilustración de libros para chicos. Algunos títulos ilustrados por él son *Puro huesos*, *¡Al agua, Patatús!*, *El monumento encantado*, *El muy magnífico Felipe G. Rey*, *Papando moscas* y la colección Juegos con palabras.

FELIPE
U
A C
N I
Dedicado a MARCELLO
A

con amor, admiración y respeto.
Graciela

Para María, mi novia de los gatos (y de todos los demás animales).
Marcelo

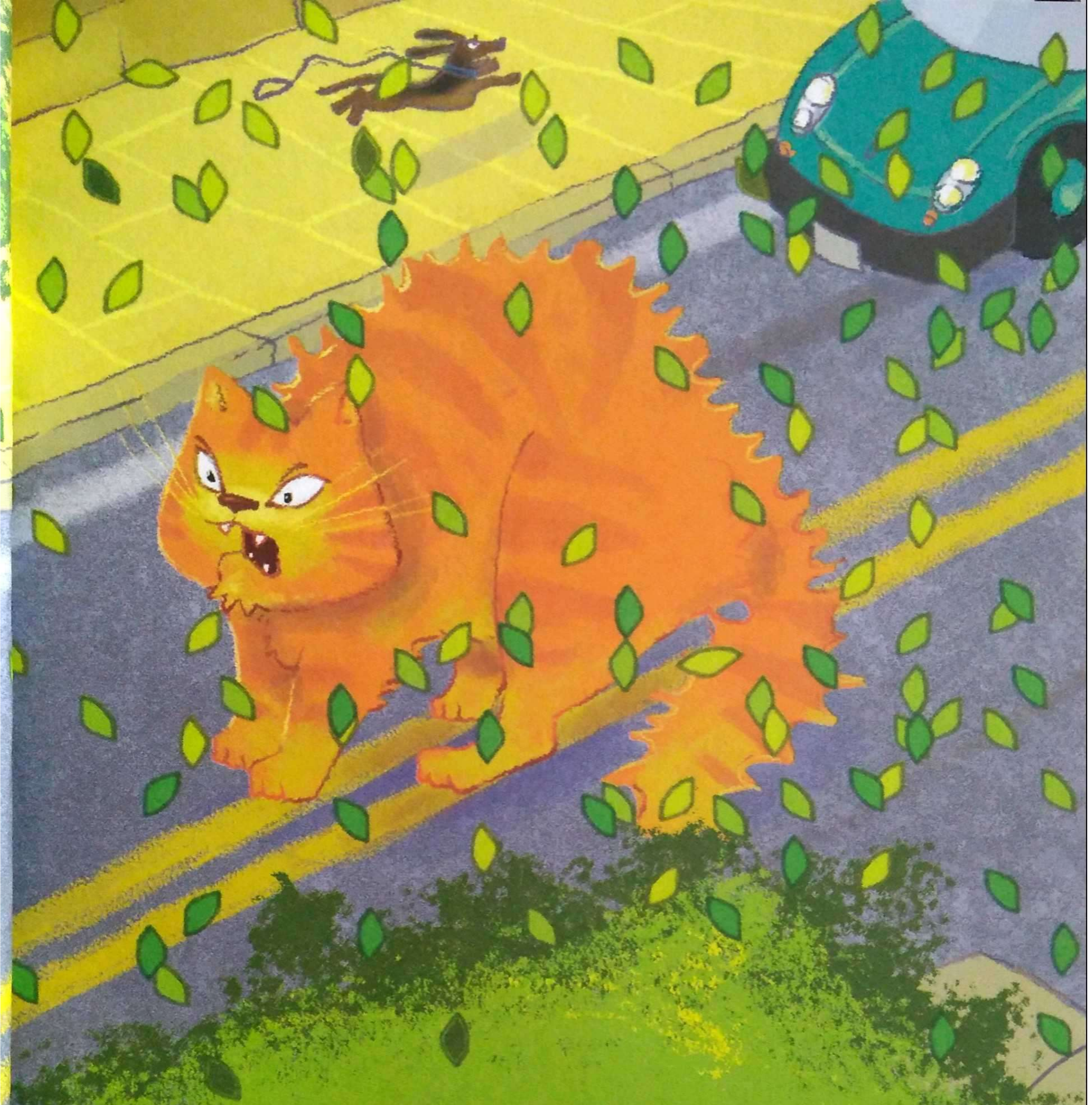


Había una vez un gato muy grande. Tan grande, pero tan grande, que no pasaba por ninguna puerta.



Tan grande, pero tan grande, que cuando estaba enojado y hacía ¡FFFFF! se volaban todas las hojas de los árboles.





Tan grande, pero tan grande, que cuando hacía ¡MIAUUUU! todos creían que habían llegado los bomberos porque había un incendio.

Y había también un gato muy chiquito. Tan chiquito, pero tan chiquito, que dormía en una latita de paté y, cuando hacía frío, se tapaba con un boleto capicúa.





Tan chiquito, pero tan chiquito que, cuando andaba de acá para allá, todos lo confundían con una pelusa.

Tan chiquito que, para verlo bien, había que mirarlo con microscopio.

El Gato Grande era muy famoso en el barrio.

Todos los vecinos hablaban de él y lo mimaban mucho.

—¡Qué gato tan hermoso! —decían.

—¡Los gatos grandes son hermosísimos! —decían.





El Gato Grande comía mucho. A la mañana bien temprano los vecinos le traían cinco palanganas de leche tibia.



Al mediodía le traían una carretilla de hígado con mermelada (que era su comida favorita).

A la tardecita le dejaban preparada una bañadera de polenta, por si se despertaba con hambre en la mitad de la noche.

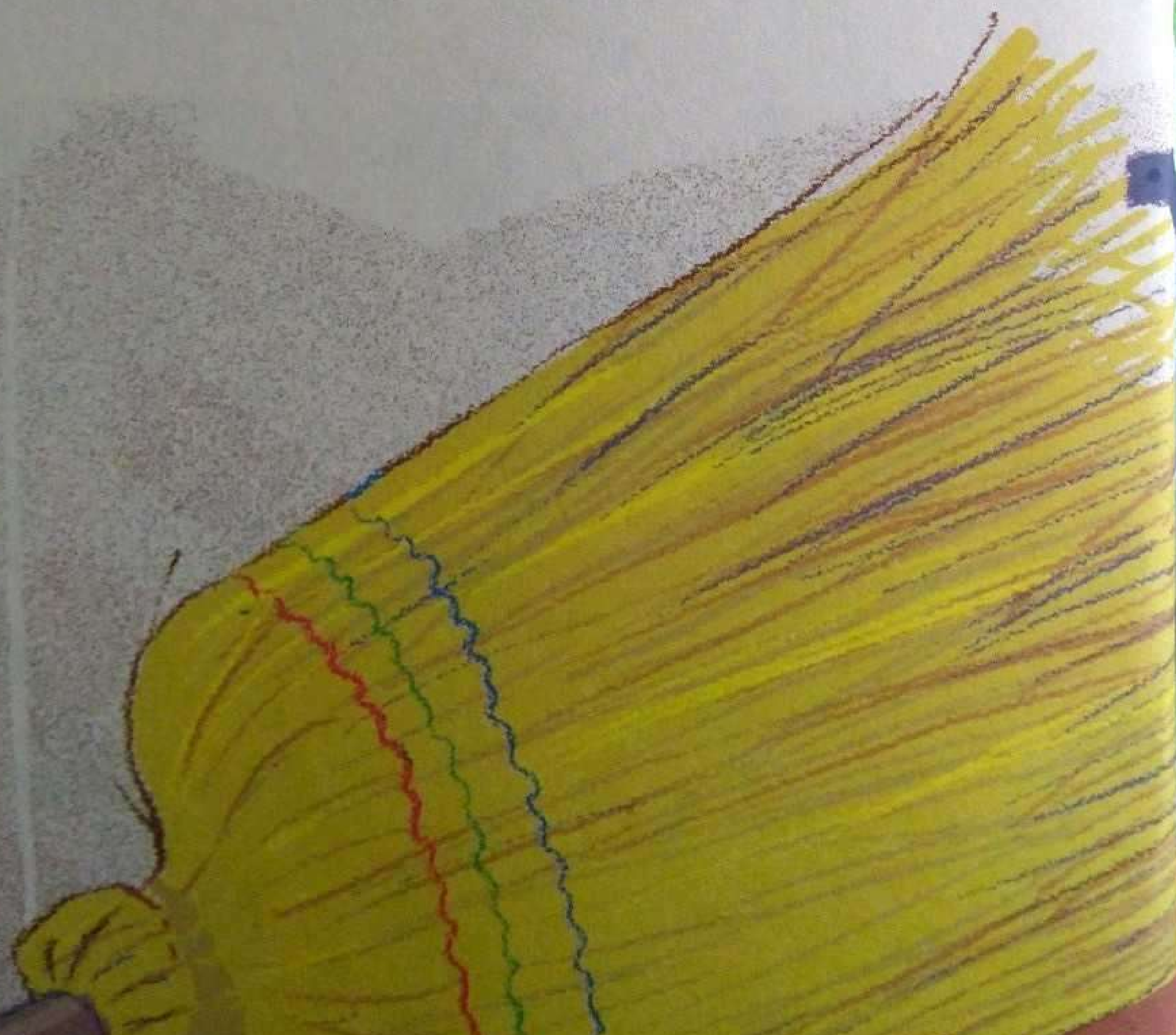
Cuando los vecinos le traían la comida, el Gato Grande sonreía (porque algunos gatos saben sonreír) y se ponía a ronronear.

Cuando el Gato Grande ronroneaba hacía un RRRRRRRRRR tan fuerte que todos miraban para arriba porque creían que pasaba un helicóptero por el cielo.

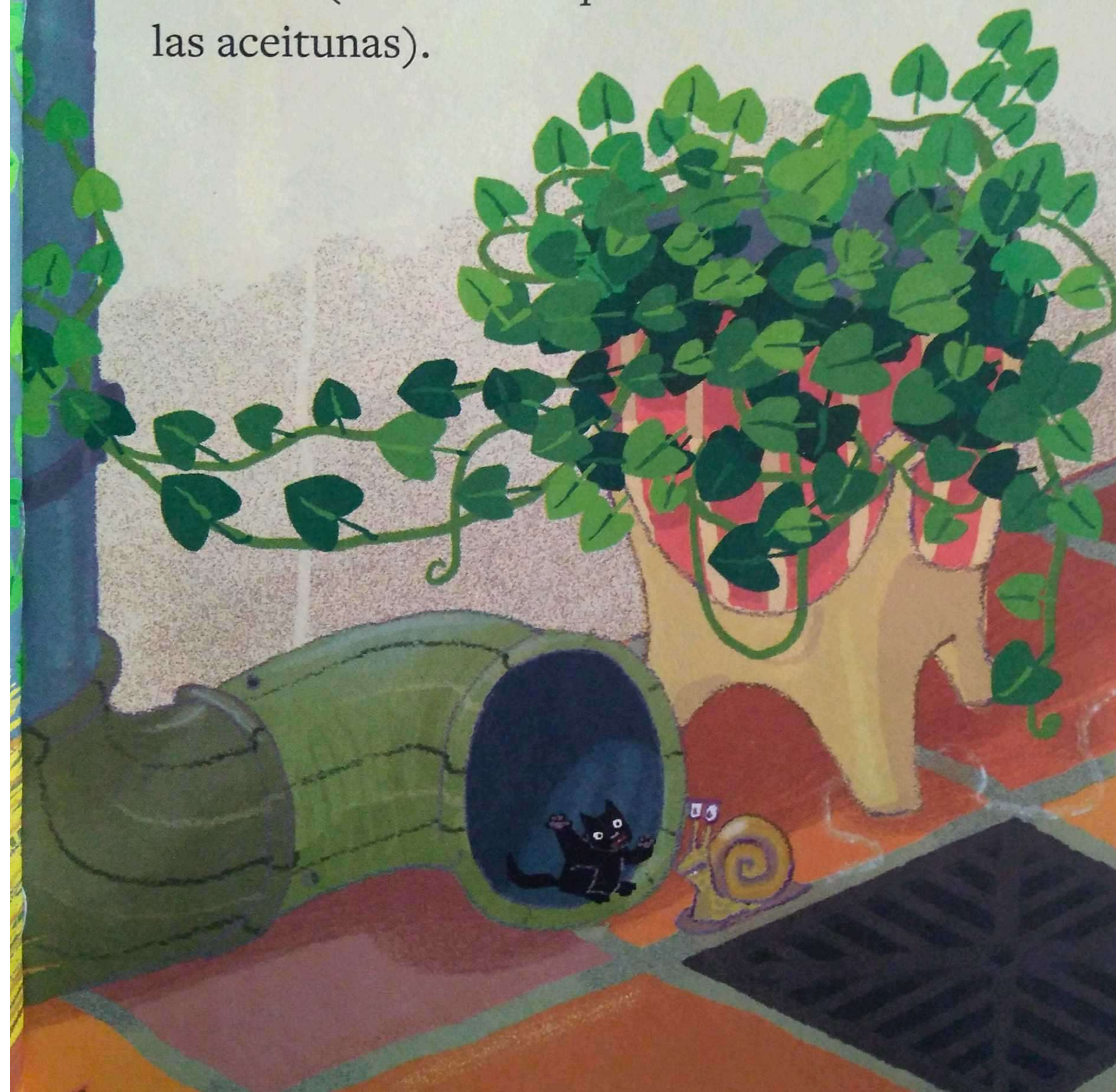


El Gato Chiquito, en cambio, no era nada famoso. Nadie hablaba de él en el barrio y nadie lo mimaba ni un poquito. (En realidad, al Gato Chiquito casi nadie lo veía siquiera).

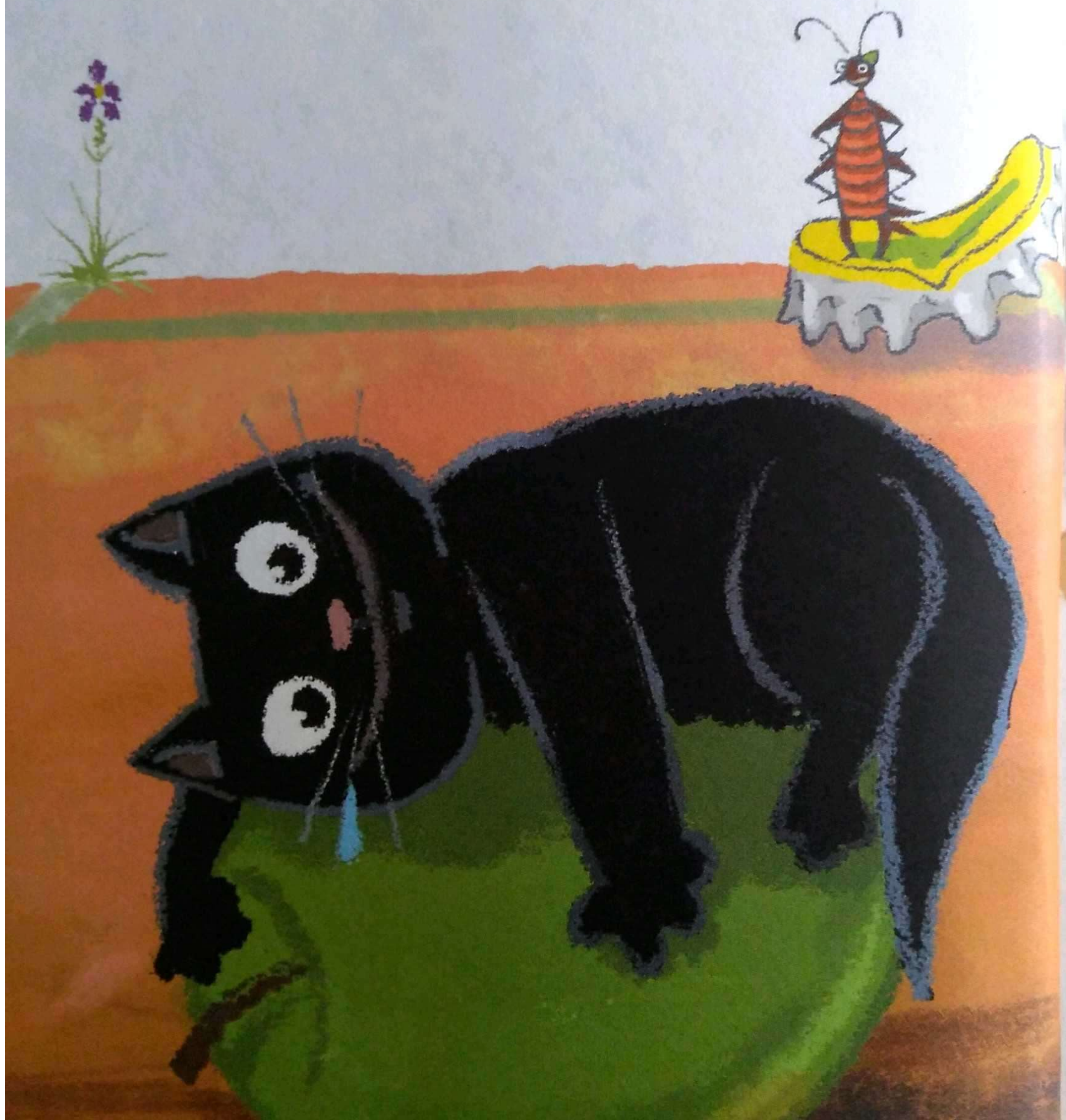
Al Gato Chiquito nadie le traía comida nunca. Ni a la mañana. Ni al mediodía. Ni a la tardecita.



Claro que el Gato Chiquito comía muy poco. Con dos gotas de leche tenía bastante. Y una aceituna le duraba una semana. (Al Gato Chiquito le encantaban las aceitunas).



Cuando el Gato Chiquito encontraba una aceituna, aunque nadie lo veía, también sonreía. Y, aunque nadie lo escuchaba, también ronroneaba.





Un día el Gato Chiquito salió a dar un paseo.

Y caminó y caminó por la calle más larga del barrio.

Tip *tap* tip *tap* tip *tap*, caminaba el Gato Chiquito.

Y ese mismo día el Gato Grande también quiso salir a dar un paseo.

Y caminó y caminó por todas las calles, y también por la calle más larga del barrio.

Top *tup* top *tup* top *tup*, caminaba el Gato Grande.



El Gato Chiquito y el Gato Grande caminaron y caminaron. Cada vez que el Gato Grande caminaba dos cuadras, el Gato Chiquito terminaba una baldosa.

Y cuando el sol estaba bien alto, pero bien alto, el Gato Grande y el Gato Chiquito se encontraron frente a frente. Los dos en la misma vereda de la calle más larga del barrio.

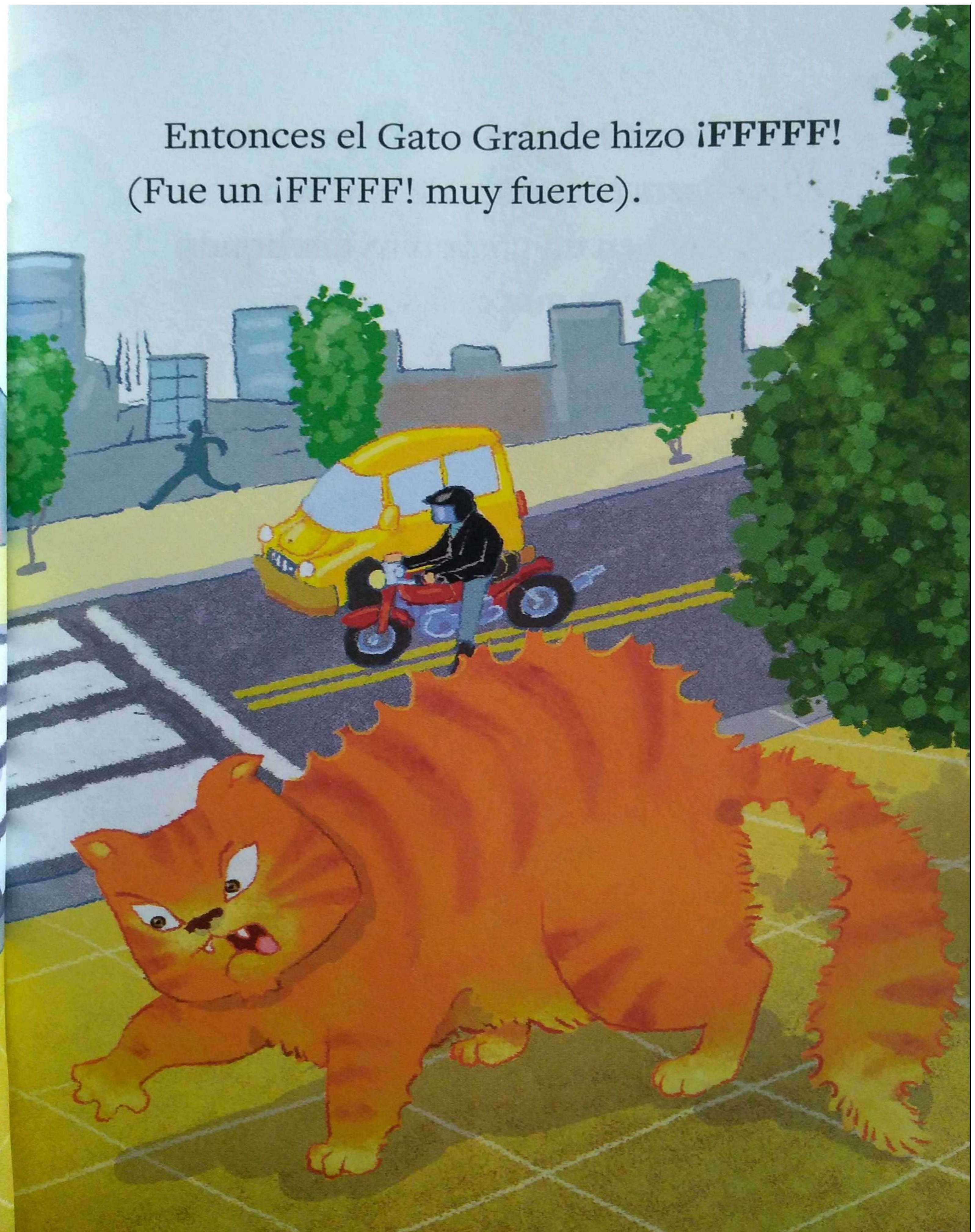


El Gato Grande hizo ¡FFFFF! para mostrarle al Gato Chiquito que él era el más fuerte. Hizo ¡FFFFF! para que el Gato Chiquito lo dejase pasar primero.

Pero el Gato Chiquito no se movió de su baldosa. Ni un poquito.



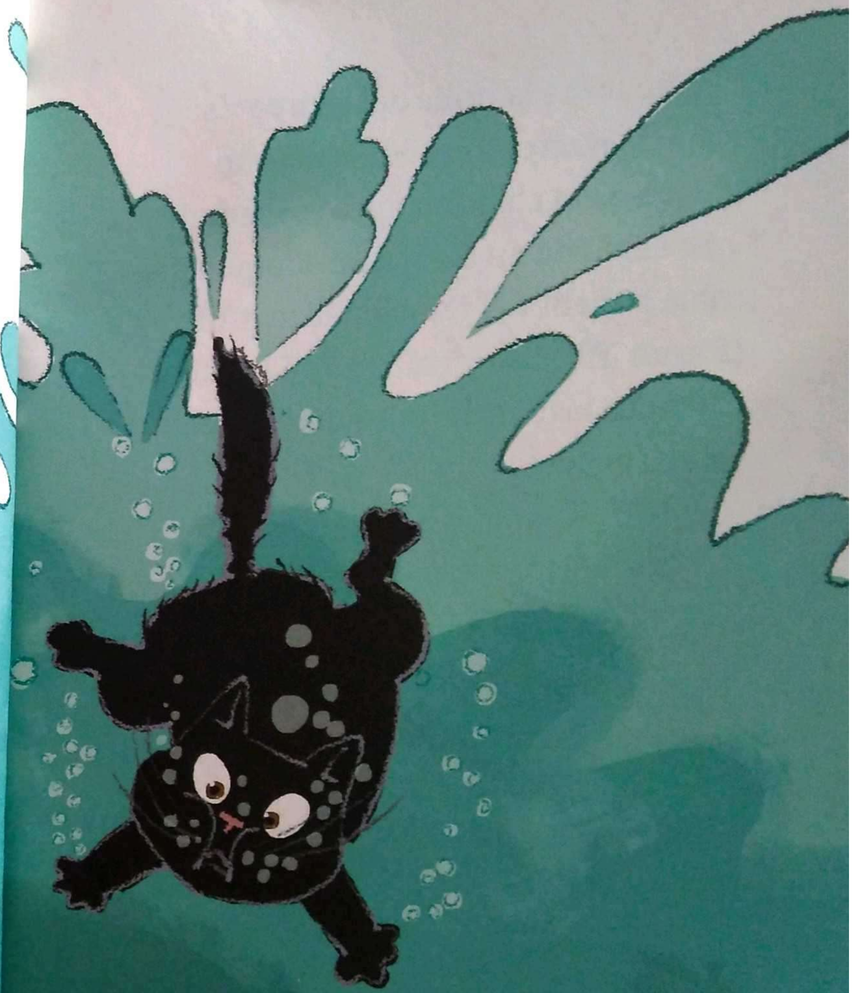
Entonces el Gato Grande hizo **¡FFFFF!** (Fue un ¡FFFFF! muy fuerte).



Y el Gato Chiquito rodó como una pelusa hasta el cordón de la vereda.

Y se cayó en un charquito tan hondo pero tan hondo que casi se ahoga.

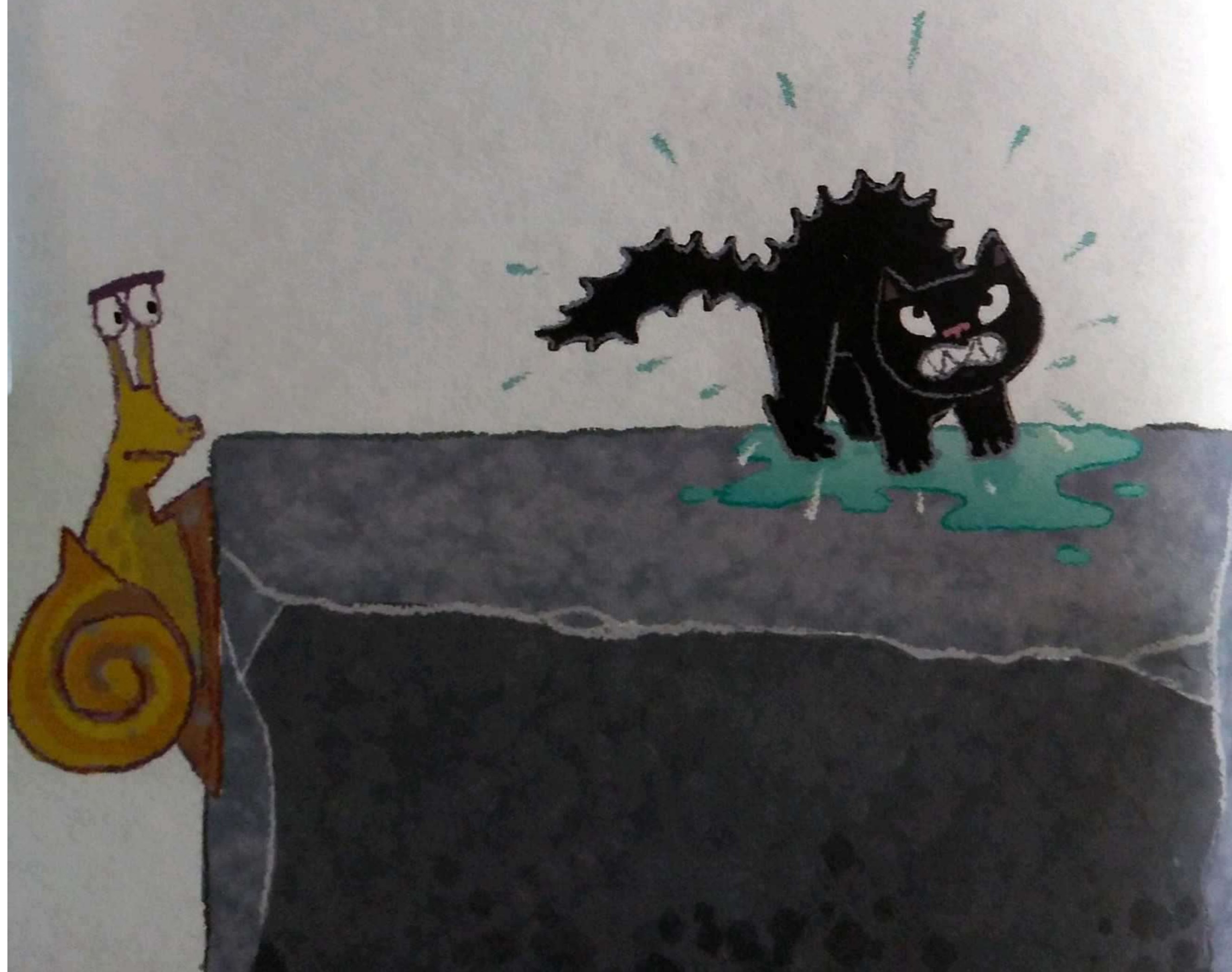


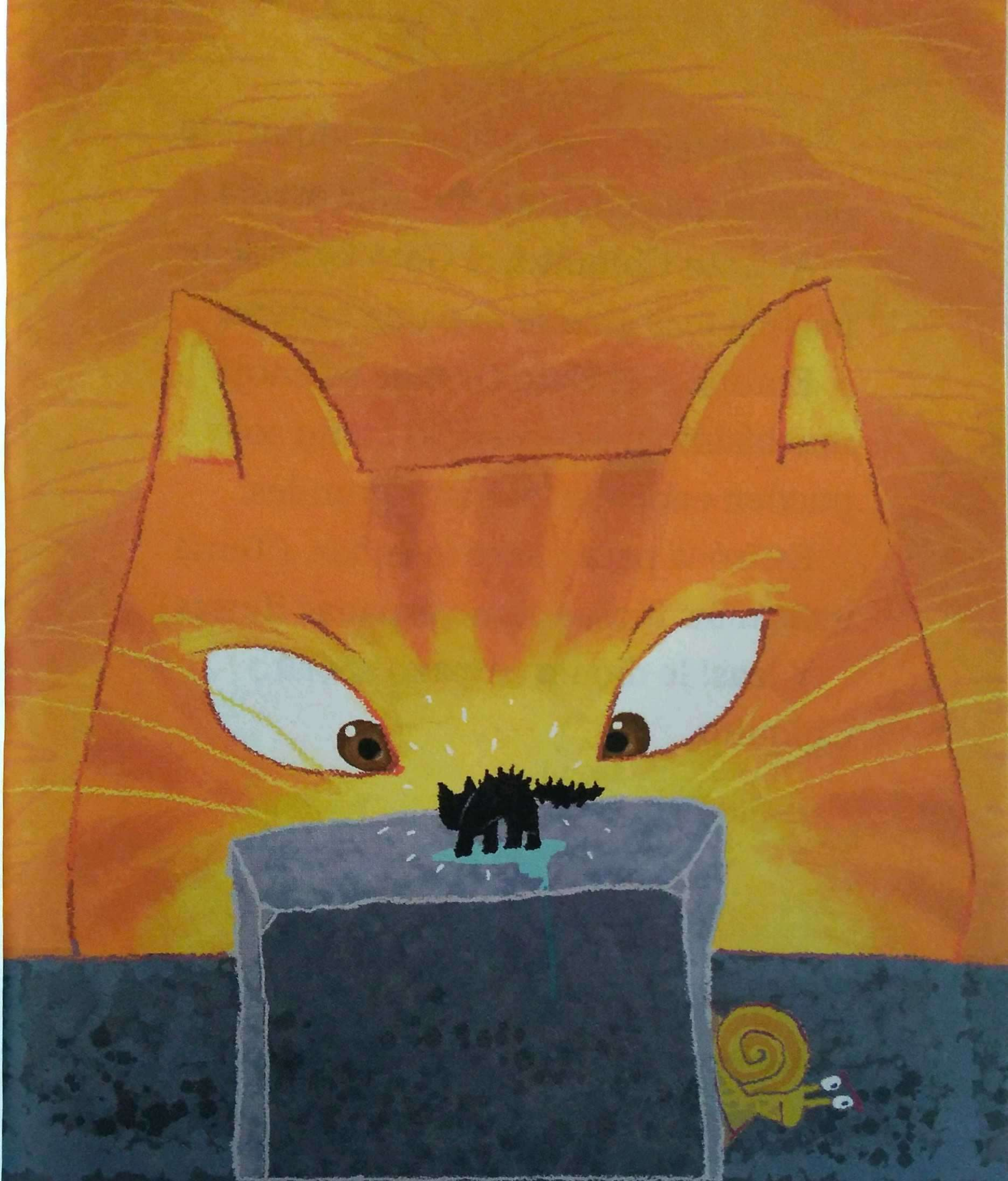


Pero no se ahogó.

Nadó hasta la orilla del charco y se trepó de nuevo al cordón. (El Gato Chiquito era chiquito, ¡pero valiente!).

Se subió de un salto a un adoquín que había por ahí y él también hizo ¡fffff! (fue un ¡fffff! muy chiquito). El Gato Chiquito hizo ¡fffff! porque él también estaba enojado.





Y ahí se quedaron los dos, frente a frente.

Al Gato Grande, el Gato Chiquito le parecía más chiquito que una arveja.

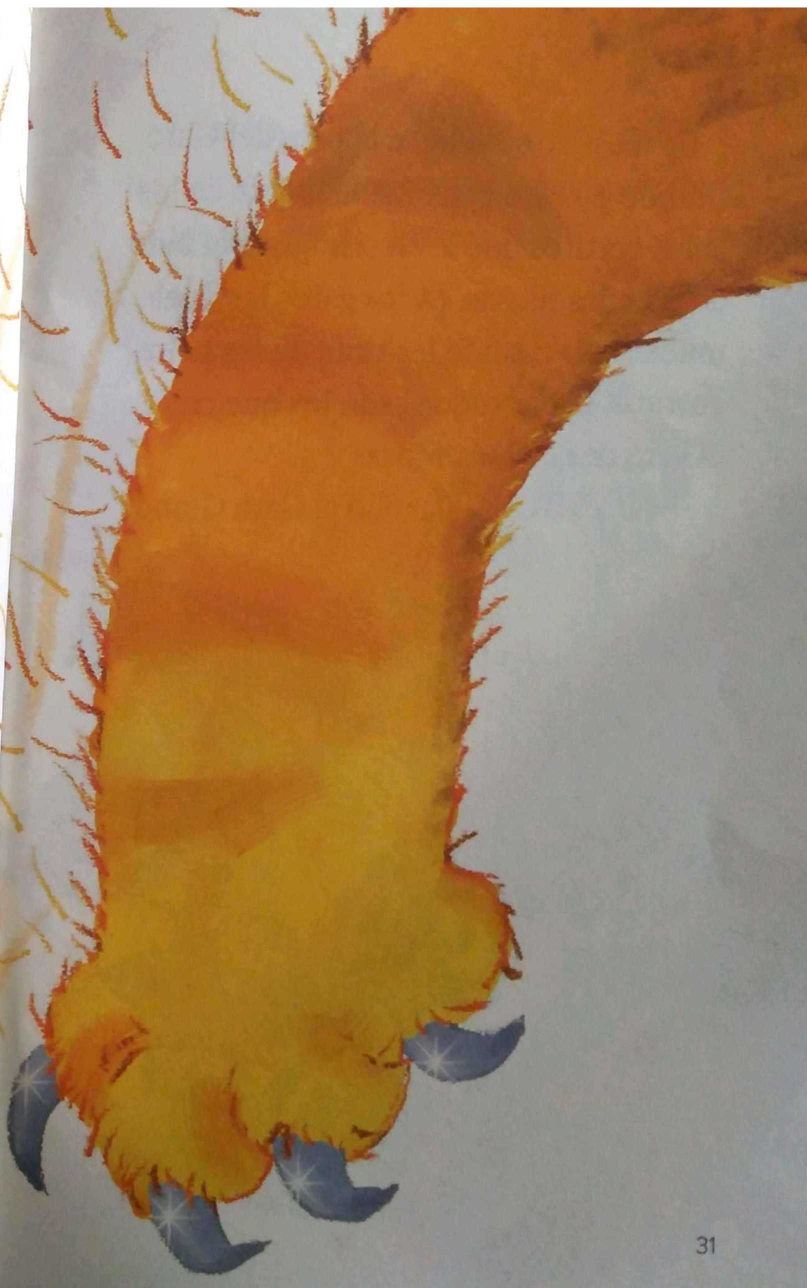
Al Gato Chiquito, el Gato Grande le parecía más grande que una ballena.

Entonces el Gato Grande se enojó muchísimo más. Se enojó como solo pueden enojarse los gatos grandes.

Estiró la pata y sacó las uñas. (Tenía unas uñas filosas como espadas filosas).

Y ¡zas! le dio un zarpazo al Gato Chiquito.

Pero el Gato Chiquito no tuvo miedo.



De un salto se subió a la pata del Gato Grande y le tiró con mucha fuerza de los pelos cortitos que le crecían justo al lado de las uñas filosas. (A los gatos les duele muchísimo cuando les tiran de los pelos cortitos, sobre todo si son los que crecen al lado de las uñas filosas).

—MIAUUUU —maulló el Gato Grande.



Y fue un MIAUUUU tan fuerte que trescientos cincuenta y dos vecinos vinieron a ver qué pasaba.



Los trescientos cincuenta y dos vecinos se pusieron en ronda a mirar.

Todos miraban con ojos redondos, pero nadie entendía nada de nada.

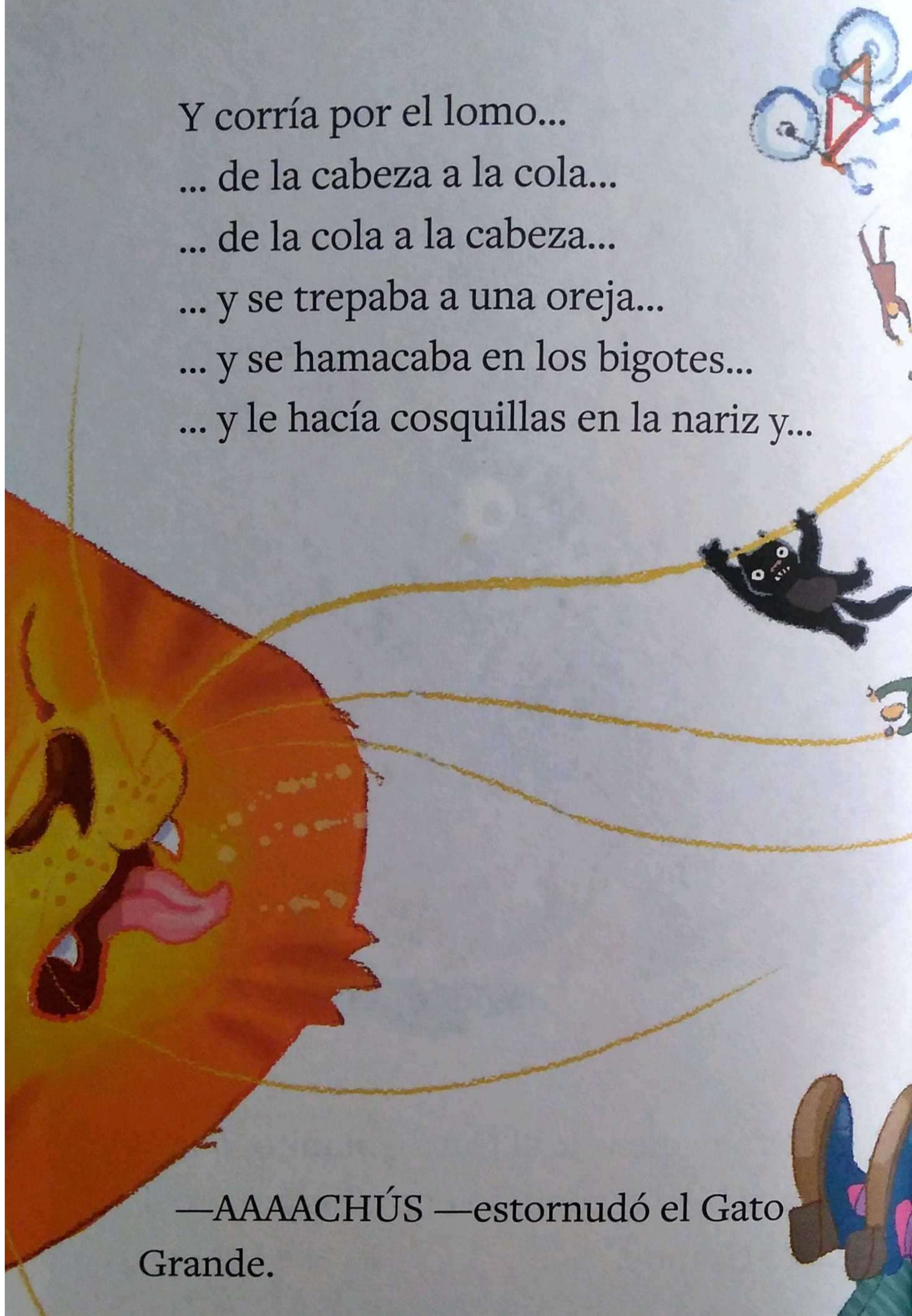
Todos veían al Gato Grande, que se revolcaba por el suelo y maullaba y maullaba y maullaba.





Pero nadie veía al Gato Chiquito, que estaba bien escondido entre los pelos del Gato Grande.

Y corría por el lomo...
... de la cabeza a la cola...
... de la cola a la cabeza...
... y se trepaba a una oreja...
... y se hamacaba en los bigotes...
... y le hacía cosquillas en la nariz y...



—AAAACHÚS —estornudó el Gato Grande.



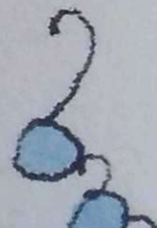


Y los trescientos cincuenta y dos vecinos que miraban con ojos redondos salieron volando por el aire como barriletes.

Todos menos el Gato Chiquito, que estaba bien agarrado del bigote más gordo del Gato Grande y resistió el estornudo.







Los trescientos cincuenta y dos vecinos fueron volviendo, poco a poco.

Ya no tenían los ojos redondos. Ahora tenían las cejas fruncidas. Estaban bastante enojados.

Se habían dado cuenta de que no les gustaba salir volando por el aire como barriletes.



Tampoco les gustaba tener que oír un MIAUUU más fuerte que la sirena de los bomberos.

Los trescientos cincuenta y dos vecinos fueron volviendo, poco a poco.

Ya no tenían los ojos redondos. Ahora tenían las cejas fruncidas. Estaban bastante enojados.

Se habían dado cuenta de que no les gustaba salir volando por el aire como barriletes.



Tampoco les gustaba tener que oír un MIAUUU más fuerte que la sirena de los bomberos.



Empezaron a protestar.

—¡Este gato está demasiado grande! —decían.

—¡Los gatos tan grandes son muy molestos! —decían.

Y después todos juntos dijeron:

—¡Ufa!

Y al Gato Grande le dio vergüenza y se puso colorado (porque algunos gatos se ponen colorados).



Entonces el Gato Chiquito se bajó de un salto del bigote del Gato Grande y se empezó a pasear por la vereda. Iba y venía. Y después daba un saltito. Iba y venía. Y daba otro saltito.

—¡Oia! ¡Un gato chiquito! —dijeron todos.

—¡Más chiquito que una arveja! —dijeron.

—¡Los gatos chiquitos son hermosísimos! —dijeron.

Y desde ese día, en el barrio, los gatos famosos son dos: el Gato Grande y el Gato Chiquito.

Claro que las cosas cambiaron un poco.

Los vecinos ya no le dan tanta comida al Gato Grande. Nada más que



tres palanganas de leche tibia y media carretilla de hígado con mermelada.

Al Gato Chiquito, en cambio, le llevan dos pedacitos de hígado, tres aceitunas y un dedal de leche cada mañana.

Parece ser que ahora el Gato Grande está bastante menos grande. Cuando hace ¡FFFFF! ya no tira más que diez o doce hojas de los árboles.

Y parece que el Gato Chiquito está empezando a crecer.



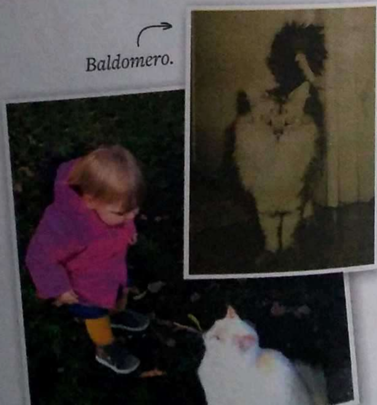
Me dijeron que últimamente ya no entra en la latita de paté; se va a tener que mudar a una lata de duraznos en almíbar.

(Lo que no sé es si querrá regalarme el boleto capicúa cuando ya no lo use más de frazada).



GRACIELA MONTES
NOS CUENTA

Una cosa son los gatos de cuento y otra, los gatos de verdad. Lo que tienen de verdad los gatos de este cuento, y de otros, como "Un gato como cualquiera", se lo debo un poco a Mr. Pope y mucho a los Figueira. Mr. Pope, mi profesor de Historia, me regaló una cría de su gata cuando yo tenía 13 años. En cuanto llegué a casa, el gatito se me escapó de las manos y se escondió: tenía miedo. Yo también tuve miedo de algo tan autónomo y que se movía tan rápido. Al otro día se lo llevé de vuelta a la escuela. Mi siguiente contacto con gatos reales fue en casa de los Figueira. En ese entonces tenían tres. Y tuvieron más: Marta cada tanto se traía alguno a casa, escuálido, mojado, hambriento, abrazado contra el cuerpo, envuelto en un pliegue de la ropa. Aprendí mucho de ese gesto sencillo.



Baldomero.

MARCELO ELIZALDE
NOS CUENTA

Si no hice mal la cuenta y si no me olvidé de ninguno, en mi vida he convivido con quince gatos. De todos los colores y tamaños, traté con gordos colorados que no podían saltar ni a una silla, con atigrados flacos y asustadizos que me miraban de reojo, con gatas blancas que se revolcaban en la tierra y ya no eran tan blancas. Toda clase de gatos, créanme. Pero ninguno como Gato Grande y Gato Chiquito. Nunca había tenido que dibujar un gato durmiendo sobre un auto más chico que él, ni otro que pudiera charlar cara a cara con un caracol, ¡y mucho menos mostrar cómo salen volando trescientos y no sé cuántos vecinos por los estornudos del grandote!

En fin, que me divertí mucho conociendo a estos gatos y dibujándolos para ustedes. Y si no hice mal la cuenta y no me olvidé de ninguno, ahora son diecisiete los gatos en mi vida.



Había una vez **un gato tan grande, pero tan grande**, que no pasaba por ninguna puerta. Y también había **un gato tan chiquito, pero tan chiquito**, que lo confundían con una pelusa. Uno era muy famoso y los vecinos lo cuidaban. El otro no era conocido y nadie lo mimaba. Uno hacía: **¡FFFFF!** El otro: **¡fffff!** Un día, los dos gatos **se cruzaron por la calle más larga del barrio**. Y entonces pasó lo que tenía que pasar...



Graciela Montes te invita a pensar en esas cosas que solo pueden suceder en los cuentos, cuando lo grande grande y lo muy chiquito se entrelazan en una aventura.

ALFAGUARA

PRIMEROS LECTORES
cuento

www.librosquecuentan.com.ar
Libros que cuentan

ISBN 978-987-738-568-7